

VIII

Promesas.

La marquesa de Lignerés no había experimentado nunca una alegría comparable á la que experimentaba al salir de la biblioteca con su libro en la mano. Estada verdaderamente radiante. Iba á tener razón contra todos los habitantes de Maillepré, contra la duquesa, contra M. Godet, contra su propio hijo. Había puesto la mano en aquel secreto que la preocupaba tan poderosamente. Un esfuerzo más y podría aniquilar á aquella desdichada, tan bondadosa y solícita para ella como para todo el mundo. ¡Qué felicidad tan inesperada!

Al salir al parque, con su libro en la mano, divisó á su hijo que vagaba melancólicamente por las cercanías de la terraza, en busca de compañía. Vestía un traje gris y llevaba sujeta á la espalda una silla de tijera, en la mano dos cañas enormes, de una forma particular, y colgado al brazo un cesto de mimbrés con un agujero en su cubierta.

El encuentro de ambos fué una verdadera sorpresa.

La viuda se admiró de las trazas de su hijo, y éste, á su vez, extrañó el aire satisfecho de su madre.

—Tengo verdadero placer en veros tan contenta—le dijo.—¿Qué hay de nuevo?

—Nada de extraordinario—respondió la marquesa.

—Sí, en verdad... Algo me ocultais.

—Pues bien, sí. Hay que comprenderlo lo incurable de tu locura.

—¿Mi locura?...

—Sí, tu amor por esa muchacha.

—¿Por María Magdalena?

—¿De qué otra quieres que hable?

—Bien; y ¿qué?...

—Que he reflexionado... En el fondo, estabas en lo cierto suponiéndome opuesta á una alianza que considero indigna de tí... Pero he acallado mis dudas, mis desconfianzas, porque pueden engañarme... En una palabra, yo no he tenido otro móvil que el de tu dicha. Dispón de tu porvenir como te plazca, y no volvamos sobre nuestras disputas... ¿Quién mejor juez que tú para decidir sobre lo que puede asegurarte la felicidad?

Roger quedó estupefacto.

—¿Sois sincera?—preguntó.

—¿Te hablaría así en otro caso?

—¿Consentiréis?...

—El otro día cedí por no contrariarte, pero nada más...

—¿Y ahora?...

—Con todas veras.

—¡Oh! Vereis como sé agradeceróslo.

—Pero—dijo cambiando de tono la señora de Lignerés, ¿á dónde vas en esas trazas y con esos chirimbolos?

—Hay que matar el tiempo. Maillepré no es muy divertido que digamos: parece que está infestado de microbios, según los enfer-

mos que hay en el palacio. La marquesa apenas se dá á vistas... su señorita de compañía se encierra con élla... la novia, que no está tampoco muy alegre, se ocupa en el arreglo del ajuar, y casi no sale; nuestro primo de Meillant, (cuya vocación Dios bendiga) está de mal talante, no se por qué, y se encierra en su casa, en donde hace sin duda que le cosan las sotanas. El viejo M. Godet está arisco y vá á Bourges á jugar al piquet con su amigo el procurador general; vos os complacéis con la lectura solitaria. En vista de esto he buscado una distracción apacible, á fin de no turbar esta quietud sepulcral, y me he hecho pescador.

—¡Te vás á embrutecer completamente, Roger!

—No lo creais; es una distracción de primer orden. Hace dos dias que paso seis ó siete horas en la orilla del Cher, á la sombra de un sauce, con mi caña en la mano y me entretengo mucho, os lo aseguro.

—¿Pescas algo?

—Dios me libre. Sueño... pienso que en aquel sitio me declaré á María Magdalena, que allí la obligué á escucharme, ya sabeis cuando, y este recuerdo es muy agradable para mí: me parece que vuelvo á verla.

—Basta—dijo la viuda.—¡Cuando digo que vas á perder la cabeza! Trata de encarrilarla, mi pobre Roger, porque verdaderamente, te volverás completamente loco.

—Con vuestro permiso, espero lograrlo... arreglar mi cabeza se entiende. porque en cuanto á loco, quiero serlo y lo soy, madre

mia; loco de placer por veros animada de tan buenos pensamientos... Tened cuidado porque os voy á abrazar.

Y uniendo la acción á la palabra, abrazó á su madre, diciéndole:

—Vereis como soy dichoso teniendo en Lignerés una hermosa joven que os colmará de cuidados y os llenará la casa de chicos mofletudos que se colgarán á vuestros vestidos, gorgeando canciones infantiles... una nidada de pájaros. ¿No os conmueve esto?

—Si, sí.

—La viuda mentía descaradamente.

Más tarde debía acordarse de estas palabras y de la alegría que al pronunciarlas manifestaba su hijo en la voz y en el rostro.

—¡Convencerla!—repetía el joven.—Solo me falta eso y lo lograré ahora, que estoy seguro de no desagradaros. Voy á soñar.

—¿A dónde?—preguntó la marquesa.

—Allá abajo, á la sombra del sauce.

Había dado algunos pasos cuando volvió la cabeza hacia el palacio, viendo levantarse una cortina de la habitación de la duquesa y asomar una cabeza detrás de los cristales.

Llevó sus dedos á los labios, y con el mayor atrevimiento, ante su madre, que le miraba, envió media docena de besos á su visión, que desapareció en seguida.

Después continuó su camino.

Entonces la marquesa recobró su aire duro y altanero.

—Al menos—dijo—no me acusarás de haber sido estorbo para tu felicidad. Pero

mañana abrirás los ojos, gracias á mí.

Al siguiente día, á cosa de las tres, Margarita salió por una de las puertas para el servicio de los criados, recatándose de todo el mundo.

Creyéndose sola al ir á una entrevista, que quería fuese la última, con el hombre á quien debía todas sus desgracias, su alterada faz dejaba entrever las angustias que contenía delante de la duquesa y de sus huéspedes.

Aquellos rasgos tan encantadores cuando tenían su expresión natural, revelaban en aquel momento una resolución feroz.

Buscando los paseos solitarios, se internó en lo más sombrío del parque. Al desembarcar en uno de los paseos, se encontró con el marqués de Lignerés, que dijo con aire satisfecho:

--Al fin puedo encontraros: no me ha costado poco.

--¿Qué queréis?--dijo Margarita tristemente.

--Daros una buena noticia.

La joven movió la cabeza. ¿Qué buena noticia podía esperar?

--Sí--repitió Roger.--Mi madre está vencida. Desde ayer puedo deciros en alta voz, sin temor de censuras: «Os amo.» ¡Y os negais á escucharme! Hace veinticuatro horas que os busco.

--Amigo mío, no os canséis; estoy decidida á llevar á cabo mi resolución--dijo Margarita, absorta ante la alegría de Lignerés y conmovida por aquella pasión perse-

verante.--Puesto que me habéis dado la noticia, idos.

--Es decir, que me rechazais.

--Es inútil que nos vean juntos... debéis comprenderlo...

--Sin embargo, estando comprometidos...

--Todavía nó.

--No tenéis más que decir una palabra.

--Me guardaré bien de decirla.

--Eso es una ferocidad sin semejante...

--No--dijo ella procurando sonreír,--pero tengo voluntad y no cambio á cada instante como una veleta. ¿No he dicho que dentro de un mes?..

--¿Y esperaréis treinta días para contestarme?

--Seguramente.

--Un favor al menos--dijo Roger en tono suplicante.

--¿Cual? Decidlo pronto.

--¿Estais comprometida con otro?

--Quizás.

--¿Tenéis una cita?

--En efecto.

--¿Con quién?

--Eso es asunto mío. Decid lo que querais.

--Lo vais á saber. Podéis siempre darme á entender... un poco la decisión que pensais tomar...

--¿En un mes?

--Sí... decidme si puedo esperar... dulcificad mis amarguras... mi incertidumbre... ¡Os lo suplico!

--Quizás--dijo Margarita tristemente--me odiéis si os escucho ahora.

--¡Yo!

--Sí. Si cediendo á vuestros deseos os dijese: «¡Sí, consiento!» llegaré día en que no me lo perdonéis.

--No lo creais. Os estaría reconocido por toda la vida. Os lo juro.

--¿Me amais, pues, de veras?

--¡Hasta la muerte!

--Pues bien, respondedme: ¿Sería vuestro amor bastante firme, bastante ciego, para tener entera fé en mí?

--Ciertamente.

--¿Para cerrar los oídos á todas las calumnias?

--¿Quién osaría ultrajaros?

--¿Resistiría vuestro amor la prueba de mi infamia si os la ofreciesen un día?

--¡No os comprendo!

--Si os dijese, por ejemplo: «Esta mujer que habéis escogido, creyéndola irreprochable; la que os ha cuidado con peligro de su vida en días terribles, y en la que suponéis vinculadas todas las virtudes, ha mentido al dejaros creer en su pureza; ¡es una miserable!...»

--¡Silencio! No pronunciéis semejantes frases. Destrozaría entre mis manos al que las profiriera delante de mí.

--Lo decís ahora; pero si algún día se os sometiese á esta ruda prueba, se apoderaría de vos la duda y me creeríais culpable...

--¡Jamás!

--Sin embargo, os juro que no lo soy.

--¡Pero si lo sé, si lo creo!

--Entendedme bien. Hay en mi vida un

misterio, un misterio terrible, Roger. He sufrido mucho: he soportado torturas en las cuales no me atrevo á pensar, porque su recuerdo solo me irrita y me avergüenza. Pero á vos, que me amais, que me dais la prueba más grande de amor que un hombre de vuestro rango puede dar á una mujer como yo, os lo puedo decir con la frente alta: «No he caído nunca; no tengo nada que reprocharme. Os lo juro por el amor de mimadre.»

--¡Pero si os creo, si os creo! Amadme y soy vuestro para siempre.

--¿Suceda lo que suceda?

--Sí, suceda lo que suceda.

--Pues bien, Roger;—dijo Margarita llorando—os he pedido un mes de plazo. Si en ese tiempo no habeis faltado á vuestra promesa, si persiste vuestra confianza, cualesquiera que sean las apariencias que puedan acumular sobre mí para perderme; si en lugar de abrumarme me sosteneis en los días de prueba que tal vez se aproximan; sí, seré vuestra.

--¿Lo jurais?—exclamó el marqués apoderándose de las manos de Margarita.

--¡Lo juro!

--Entonces no temais nada... Me pertenecéis para siempre.

--¿Quién sabe?—dijo la joven moviendo tristemente la cabeza.—Quizás antes de veinticuatro horas renegareis de mí. Y ahora separémonos, amigo mio., me esperan.

Roger llevó á sus lábios la mano de la joven que tenía entre las suyas, la miró un rato y la abandonó por fin.

En seguida bajó hacia la orilla del río, diciéndose con el corazón henchido de alegría:

—Al fin es mía.

En aquel instante dieron las cuatro en un reloj lejano.

IX

Sorpresa.

La hora fijada por el prefecto había pasado sin acudir Margarita.

Pero como el parque de Maillepré, aunque muy extenso, no es ilimitado, después de quince minutos de camino, la hija del coronel divisó el techo del pabellón en donde la esperaban, y poco después, al aproximarse lentamente al lugar de la cita, vió á Roland Beroult con señales de gran impaciencia.

—He creído—dijo—que ibais á faltar á vuestra palabra como otra vez hicistéis en París... ¿Os acordáis?

—¿Hice mal en huir de vos?—replicó ella.

—No discutamos puesto que estáis aquí... Es lo principal... Entremos.

Margarita examinó con cierta inquietud la fachada del pabellón.

Detrás de un peristilo formado de troncos sin labrar, terminado por un tejadillo, se abría la puerta á una gran sala elegantemente amueblada á la japonesa; el techo de bálago, de bastante elevación, tenía una ventanilla medio oculta por las enredaderas.

Detrás de esta sala se abría un misterioso gabinete hecho para los amantes de la soledad.

—¿Estáis seguro de estar aquí solo?—preguntó la joven al entrar.

—Enteramente; hace más de veinte minutos que aguardo.

Como cediendo á un instinto de defensa, Margarita se detuvo en el interior de la primera sala, cerca de la puerta, mientras Roland se sentaba en el diván en donde pocos días antes había estado con Blanca Carol.

—Hablad pronto, os lo suplico—dijo la joven.—¿Qué tenéis que decirme?

—¿Habéis olvidado nuestra conversación de allá bajo?

—¿De París?

—Justamente. En mi despacho de la calle de Jerusalem.

—Recuerdo todas vuestras palabras.

—Tanto mejor, así no necesito repetir las.

—No pienso que persistais en vuestros propósitos.

—Estais en un error. Os amo y seréis mía. ¿Será esto acaso tan gran desgracia para vos?

—Debéis suponerlo, puesto que por huir de vuestra presencia habría sido capaz de ir al fin del mundo.

—¿Por qué os habéis parado tan pronto en el camino?

—He encontrado un refugio en esta casa, una ocupación que se me negaba en otras y lo he aceptado.

—¡Con el nombre de otra!

--Porque el mío me era odioso desde que fué manchado por vos, porque no me atrevo á llevarlo de miedo que al oirlo se me abrume con una acusación cuyo solo pensamiento me avergüenza. Demasiado lo sabéis. Si he mentido, tomando el nombre de una infeliz, muerta á mi lado; si he engañado á la generosa mujer que me protege es por vuestra culpa... ¡y aun me lo echais en cara!

--No os echo nada en cara. Únicamente insisto en la línea de conducta que me he trazado. No lo dudéis: la primera parte de mi plan vá á realizarse.

--Todavía no lo está.

--Es cuestión de días, casi de horas, puesto que mañana se firmarán los contratos.

--Espero que retrocedais ante un acto tan odioso.

--¿Quién me obligará á ello?

--Vos mismo. Casaros con una niña á quien no amáis, para apoderaros de su fortuna; especular con su muerte próxima, es odioso.

--¡Palabras! ¡Cuántos otros no hacen lo mismo!

--¿De modo que estáis resuelto?...

--¡Pardiez!...

--Despachemos—dijo Margarita.—¿Qué más tenéis que decirme?

--Nada que no sepáis.

--Repetidlo, sin embargo.

--¿Es necesario? Pensaba que me habíais comprendido.

--En efecto; pero en París erais omnipotente, podíais prenderme. Por eso huí...

--¿Y aquí os creéis más segura?

--Tal vez.

--¡Inocente! ¿No comprendéis que me bastaría, sin dar yo la cara, hacer enviar á la duquesa un extracto de los registros de la prefectura para provocar un escándalo y haceros expulsar ignominiosamente? ¿No os convencéis de que os tengo entre mis manos? ¿Y resistiréis? ¿Estaréis loca hasta ese punto?

--¡Ah, qué miserable sois!

--¡Bueno, injurias ahora! Ya sé que soy un miserable; mi conciencia me lo ha dicho cien veces. ¡Cuando ella habla, me tapo los oídos! Sólo los abro para escuchar la voz del ardiente deseo que me inspiráis. Vuestros ultrajes sólo servirán para hacerme más gratas vuestras caricias y vuestra sumisión. ¿Qué mérito habría en reducir á un ser indefenso? Pero ¡qué triunfo tan grande el obtener la sumisión de una fiera, abatir un orgullo, poseer á una joven hermosa como vos, tanto tiempo perseguida en vano!

--Eso es lo que quiero—añadió levantándose;—ese es mi fin, y para conseguirlo no habrá nada que yo no afronte; no se me opondrá nada que yo no destruya... ¡Ah! ¡Tú no me conoces si crees que retrocederé ante ningún obstáculo para llegar á tí!... Muerta, podía olvidarte; viva, quiero poseerte... Por tí sacrificaría todo lo demás: ambición, fortuna... Pero ¿qué necesidad hay de ello? No sacrificaré nada; tú cederás porque no puedes hacer otra cosa.

Margarita se mordía los labios devorando

su indignación. ¿Que podía ella hacer, en efecto? La lógica de Roland era terrible. Estaba aprisionada en un círculo de hierro del que no podía evadirse.

—Tu honor está en mis manos—continuó él.—Y más aun: no he tenido necesidad de venir muchas veces á este palacio para saber lo que en él sucede... No sé si tú amas; pero sé que eres amada... ¿Cómo no habías de serlo? Se te adora; pero... no serás nunca de nadie mientras haya en mí un soplo de vida... ¡Nunca podrás contar á otro hombre la historia de tu pasado, en la intimidad del retiro nupcial!... ¡Nunca confiarás á otro tus secretos!... Nunca harás traición á los míos!... Mi seguridad primero, y mi amor después... Te destrozaría antes de verte en poder de ese hombre á quien has enloquecido y que te quiere... ¡Compréndeme y sabe lo que el porvenir te reserva!... ¡Por el medio que sea necesario levantaré una barrera entre tí y el marqués de Lignerés, ó cualquiera otro que aspire á poseerte!... ¡Abriré á tus pies un foso tan profundo que nadie se atreverá franquearlo!... Mi amor es así... ¡cruel, feroz quizá!... pero en cambio te devolveré, por un lado, lo que por otro te quite...; sometida á mi voluntad, gozarás de todos los bienes, serás una de las reinas de París... Elige tu destino.

—¿Qué es lo que exigís?

—Poca cosa.

—¿Más todavía?

—En primer lugar, tu promesa de no casarte con M. de Lignerés.

—¡No!—dijo Margarita.

—¿Le amarás hasta este extremo?

—No tengo que daros cuenta de mis sentimientos!..

—¿Sí, ó nó?

—¡Nó!

—Entonces, continuará entre nosotros la guerra sin piedad y sin cuartel.

—Sea.

Roland dió algunos paseos por la sala, y abandonando el tono amenazador que empleara antes, dijo:

—Se está aquí muy bien. ¡Qué habitación tan espléndida! ¡Cuando pienso que dentro de dos días tendré algunos derechos á llamarme su dueño!

Se detuvo un instante como reflexionando, y después, más tranquilo, volvió al lado de Margarita.

—¿De modo que le amais?

Margarita guardó silencio.

—Haceis mal verdaderamente—prosiguió Roland,—uniéndoos á él. Es un hombre toda superficie, pero sin ningún fondo, por más que sus apariencias sean agradables. Hubiera comprendido mejor que os inclináseis hacia el conde de Meillant, menos brillante, pero de más fondo. Verdad que es frío como el viento Norte y no ha mordido la manzana, lo cual es un mal para vos. El sí os hubiera defendido; pero del otro no teneis que esperar nada. Ya lo vereis, porque yo puedo tener mis vicios, pero conozco á los hombres. ¿Viene aquí muy rara vez el conde, verdad?

—En efecto, así es.

—¿Es cierto que es médico?

—Sí.

—¿Y que quiere ser sacerdote?

—Eso se dice.

—¿Qué idea tan extraña en un hombre de su posición!

Hubo un silencio de algunos segundos.

—¿Habéis acabado?—dijo Margarita.

—Poco menos.

—Entonces os dejo.

—¿Por qué tan pronto?

—Pueden notar mi ausencia.

—¡Pechs! ¿Qué os importa?—dijo negligentemente el prefecto.—¡Ser perdida un día antes ó después, da lo mismo.

—¿De modo que estáis resuelto?...

—¿A qué?

—¿A cumplir vuestras amenazas?

—Sin duda ninguna.

—¿Queréis perderme?...

—¡Es tan fácil!...

—¡Deshonrarme á los ojos de todo el mundo!

—Y sobre todo á los ojos de M. de Lignerres, ¿no es eso?

—Efectivamente, en eso pienso.

—¡Ah! ¡Decididamente le amas!—dijo brutalmente.

—Es posible.

—¿Lo reconocéis?

—¿Quién podría impedírmelo?

—¡Mi desesperación!

—Puede ser, ¡pero tened cuidado!

—No temo nada.

—Ya me he dicho algunas veces que po-

dríamos acabar el uno y el otro trágicamente...

—¿Amenazas?

Margarita calló. Roland cambió brusca-mente de tono, y, cogiéndola de las manos, la acercó á sí, diciéndole mientras la miraba fijamente:

—Mejor te quiero así que resignada. Me ocurre una idea. Escucha... Esta es mi última concesión. ¿Qué es, después de todo, lo que ambiciono? Lo que tengo ya. No me queda más que una pasión, una sola... Tú. Hagamos un pacto... Tendré la riqueza y el poder... quiero el amor, y tú puedes [dár-melo...

—¡Nunca!

—¿Y si yo te dejase casar con el marqués?—dijo Roland, dejando caer las palabras.

—¿Qué decís? ¿Consentiríais?...

—¿Por qué no? Siendo tú rica, vivirás en los mismos sitios que yo; gozarás de la libertad que da la riqueza, y la emplearás en favor mío si comprendes tus intereses. Aun casada, aun siendo marquesa de Lignerres, estarás bajo mi dependencia... Todo puede conciliarse... pero no es este el sitio más á propósito para tratar de ellos, y por otra parte necesito una garantía...

—¿Cuál?

—Mañana—dijo Roland, bajando la voz, —después de firmar el contrato, reinará algún desorden en Maillepré. Yo me retiraré temprano, alegando cualquier pretexto. Un instante después, un coche, conducido por un hombre de confianza, enteramente á mi